

## LA LECCIÓN DE ANATOMÍA

La misma mano que momentos antes incidió la carne, separó los tejidos y expuso, al fin, la masa muscular, sostiene ahora con firmeza la pinza que permite tener a la vista el objeto de estudio. La otra, la que está libre, se encuentra suspendida en el aire -como si llevarla a una posición más natural representara profanar la quietud eterna del cadáver- dibujando un ademán que parece casual, pero que en realidad está cargado de una intención secreta: la de concentrar las miradas -las de sus estudiantes, la mía propia- en el punto elegido por la voluntad del profesor. El efecto, sin embargo, no es total: dos de los estudiantes han desviado la vista, incomodados sin duda por la presencia repentina de un extraño -yo- en esa sala-santuario a la que sólo pueden acceder los iniciados. Por un instante, el necesario para percibirme de la severidad de su gesto, les sostengo la mirada; pero pronto me doy cuenta que se trata apenas del preámbulo, que he ido demasiado lejos al violentar con mi presencia el lugar en que el conocimiento se genera y se perpetúa; en un momento más, el profesor dejará de hablar, soltará la pinza y levantará la cara buscando mi rostro aturdido; entonces yo, Adán, seré estremecido por un recuerdo no deseado y descubriré que me asomé de nuevo al paraíso, y de nuevo, siempre de nuevo, quise morder el fruto del árbol del bien y del mal, que es la fuente del saber; y otra vez seré expulsado por mi pecado original: intentar acercarme a lo que me fue negado conocer. Por eso mis ojos no pueden mantenerse fijos y, antes de que todo ocurra, navegan con espanto las aristas de ese triángulo impío: las miradas severas, la mano quieta, en estado de gracia, el cadáver, las miradas, la mano, el cadáver, el cadáver, el cadáver...

*José Emilio Salceda Ruanova*



Rembrandt  
(1606-1669):  
*La lección de  
Anatomía.*